

## SEGUNDA PARTE.

## VII.

Después de mas de una hora  
De muy zozobrosa espera,  
Los ojos de Beatriz  
Alcanzaron, de la espesa  
Sombra del monte saliendo,  
Y avanzando por la senda,  
Dos bultos que mas se aclaran  
Como á la quinta se acercan.  
Conforme fueron llegando  
Fué su mano dando vuelta  
Al postigo por do mira  
Y cuando ellos á la puerta  
Se pararon de la quinta,  
Oculta en la sombra ella,  
Ve y oye de la ventana  
Por una rendija estrecha.  
Su hermano y el otro son;  
Y entrambos con voz resuelta  
Exige el uno, y el otro  
Resiste, desoye y niega:

EL BANDIDO.

Carlos, piensa lo que haces.

CARLOS.

De mas lo he pensado.

EL BANDIDO.

Piensa

Que son ciertas mis palabras  
Y seguras mis promesas.  
Yo tengo en la corte amigos,  
Y uno á cuya voz primera  
El Rey ha de dar por buenos  
Mis delitos y proezas.  
Héle salvado dos veces  
La vida en liza sangrienta,  
Recibiendo una lanzada  
Que me hizo quedar en tierra,  
Y á él estaba dirigida;  
Y en el punto que yo quiera  
En nombre de aquella lanza  
Valerme de sus ofertas,  
Todo ha de ser olvidado,  
Todo, ¿lo entendeis?

CARLOS.

Muy buenas

Serian tus esperanzas  
Como realizadas fueran.

EL BANDIDO.

Pues bien, hay mas todavía:  
Toda la provincia entera  
De mis asaltos nocturnos  
Con ira y pavor se acuerda;  
Los comerciantes mas ricos  
Aun inútilmente esperan  
Cantidades que en sus cajas  
Como déficit se cuentan.

CARLOS.

¿Tú propio de ello te alabas!

EL BANDIDO.

Escúchame y ten paciencia.  
Yo nací rico, lo sabes;  
Los juegos y las pendencias,  
En fiestas y en medicinas  
Sorbieron toda mi hacienda.  
Soldado fui, y honra tuve;  
Si una palabra en mi ofensa  
Del rey abajo me dijo  
Alguien, le arranqué la lengua.  
Me desterraron y huí;  
Mas me agobió la miseria,  
Y tolerarla no puede  
Quien no nació para ella.  
Acógime á las montañas,  
Juntéme con gente fiera,  
De la sociedad lanzada  
Por sus costumbres perversas.  
La educacion y el valor  
Diéronme ventaja inmensa  
Sobre estas hordas salvajes,  
Y bien con maña ó con fuerza,  
Hoy á mi voz obedecen  
Y me veo á su cabeza.  
No se ha dado golpe en vago;  
Inmensurables riquezas  
Han venido á mi poder;  
Mas ¿sabes lo que hice de ellas?  
Con el oro que yo robo,

CARLOS.

Es inútil cuanto digas.  
Ya has oido mi respuesta,  
Y no olvido ni perdono.

EL BANDIDO.

Entonces, Carlos, recuerda  
Que te fié mis secretos,  
Y guardarlos me interesa.  
No abuses de ellos.

CARLOS.

Haré

Lo que mejor me convenga.

EL BANDIDO.

Mas al mirar tu interes  
Ve tambien mi conveniencia,  
Porque uno con otro al cabo  
Tendremos que arreglar cuentas,  
Y ¡ay del que alcanzado quede!

CARLOS.

A sí cada cual atienda.

EL BANDIDO.

A sí cada cual . . . . comprendo  
Tus miserables ideas,  
La inmensurable avaricia  
Que tu alma mezquina alberga.  
No es el voto de tu madre  
Lo que al monasterio lleva  
A Beatriz; de don Lucas  
No es, no, la invencible y terca  
Preocupacion; tú solo  
Viva en el claustro la entierrez,  
Tú, solo tú, que en el oro  
El móvil de tu existencia  
Tienes puesto: sí; tú, Carlos,  
Que apetece sus haciendas,  
Y para unir las en tí,  
Las intrigas no escaseas  
Ni escrupulizas los medios.  
Mas vive, Carlos, alerta.

CARLOS.

Y alerta tú, miserable,  
Vive tambien, porque llega  
El dia de la justicia.

EL BANDIDO.

Ten, Carlos, la torpe lengua,  
Que si llega el de la tuya,  
Y es de Dios justicia recta,  
No sé yo cuál de los dos  
Llevará peor sentencia.

CARLOS.

Sin apelar á ese fallo,  
Jueces hay sobre la tierra.

EL BANDIDO. (con desprecio.)

Jueces hechos de abogados  
Como tú, que se reservan  
La justicia para sí,  
Y para el prójimo piedras.

CARLOS.

Sea por fin como fuere.

Otra persona comercia,  
Paga y mantiene mi gente,  
Y con secreto almacena  
Todas las prendas robadas,  
Anotando nombre y señas  
De sus dueños, á quien deben  
Volver cuando me convenga:  
Yo no supe vivir pobre,  
¿Quién fiarme una peseta  
Sabiedo quien soy, querria?  
Y en situacion tan estrema,  
Lo que de grado no hallara  
Pensé en hallarlo por fuerza.  
Todo el mundo me prestó  
Lo que en verdad no quisiera,  
Y á todo el mundo le debo  
Por mi valor mi riqueza.  
Ahora bien, Carlos, respóndeme.  
Yo estoy pronto á dar mis cuentas  
Y á volver el capital  
Con que he rehecho mi hacienda;  
El rey me ofrece un indulto,  
Y gracia de una bandera  
Si al servicio de las armas  
Quiero volverme. . . . Contesta,  
Todo en gracia ha de caer  
En obsequio á la manera  
Con que ha sido hecho, ¿tu hermana  
Podrá entonces ser la prenda  
De la dicha que me alcance?

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Carlos, mira y piensa  
Que en ello va mi fortuna  
Y aun mi virtud venidera.

CARLOS.

Nunca.

EL BANDIDO.

Ve, miserable,  
Tu mezquindad manifiesta;  
Veo que aun no has olvidado  
La bailarina francesa.

CARLOS.

Ni la olvidaré jamas.

EL BANDIDO.

Tienes el alma mas negra  
Que la crin de mi caballo,  
Si la memoria conservas.  
Ella eligió entre los dos.

CARLOS.

Lo sé.

EL BANDIDO.

¿De qué, pues, te quejas?

CARLOS.

Basta, César; buenas noches.

EL BANDIDO.

Atiende, Carlos, espera.

No ahondemos mas la materia,  
Y que piense cada cual  
Como mejor le parezca.  
Y acabando de una vez,  
Sea el motivo cual sea,  
Ya mi sordida avaricia,  
Ya la maternal promesa,  
Ha de ser monja mi hermana,  
O cuanto valgo me cuesta.

EL BANDIDO.

Pues de una vez acabando,  
Cárlos, fuere la que quiera  
Mi razon, ya el odio á tí  
O mi amor para con ella,  
Tu hermana no será monja,  
O me cuesta la cabeza.

CARLOS.

Pues si estimas un aviso,  
Y en los hombros te interesa  
Conservarla, desde ahora  
Por esta quinta no vuelvas.

EL BANDIDO.

Sea, Cárlos, como quieres,  
Y si es que la tuya aprecias  
No habites mucho esta quinta,  
Que es muy fragosa la sierra,  
Y al bajar alguna vez  
Por resbaladiza senda,  
Puedes tropezar y hacerte  
Pedazos entre las peñas.

CARLOS.

Conozco el piso.

EL BANDIDO.

No fies.  
Y adios, Cárlos.

CARLOS.

Adios, César.  
Eché César por el monte,  
Atrancó Cárlos su puerta,  
Cerró Beatriz el postigo,  
Y quedó muda la escena.

VIII.

Todo lo oyó Beatriz: todo lo sabe,  
Y en lágrimas deshecha  
Lo irrevocable de su mal sospecha,  
Concibe al fin lo que en su hermano cabe.  
Ve su avaricia, y la fatal venganza  
Que en César tomará, su amor primero  
No olvidando jamas con la esperanza  
De á su hermana perder y al bandolero.  
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna  
Arrullado el bandido,  
De enemiga fortuna  
Vejado y perseguido,  
Sus bienes y sus grados ha perdido,  
Sus virtudes tal vez una por una;  
Mas no, ¡por Dios! que noble todavía

De una pasion purísima instigado,  
Recuerda con honor que fué soldado,  
Recuerda su valor y su hidalguía;  
Y los medios buscando, á la carrera  
Volver intenta de la edad primera.  
El se batió animoso  
Por su Patria y su Rey; íntima, franca  
Conserva con un noble poderoso  
Ilesa su amistad, y esta le arranca  
Del deshonor en que olvidado vive  
Si admite sus propuestas,  
Y por viejo favor, favor recibe.  
La larga cicatriz de la lanzada  
Por aquel recibida,  
Al noble impone obligacion sagrada  
De pagarle la vida con la vida;  
Y á su honor tornará y á su grandeza,  
Y á las fieras hazañas  
De que el héroe fuera en las montañas,  
Miradas á través de su nobleza,  
Y á través de su ingenio y del indulto,  
Ya no serán por crímenes tenidos,  
Sino por hechos de gigante bulto;  
Y tornará al ejército si quiere,  
Y tornará á la Corte,  
O vivirá feliz si le pluguiere  
En el lugar donde morar quisiere,  
Con elegida y cándida consorte.

Así pensaba á solas en su lecho  
La hermosa Beatriz, y así crecía  
El escondido amor que está en su pecho  
Aumentando ó calmando su agonía.  
Y las dulces palabras del bandido,  
Y de su voz el mágico sonido,  
Y la bizarra y varonil figura  
De aquel gallardo rey de la espesura,  
Y la grata memoria  
De su variada y novelesca historia,  
De sus juegos antiguos y amorios,  
Apuestas, desafíos,  
Y otros lances mas serios  
Velados en recónditos misterios,  
Todo á su mente viva se presenta,  
Y todo ello acrecienta  
La oculta simpatía  
Que ya por él sentía  
Desde la noche que á la quinta vino,  
Por los montes huyendo del destino.  
Y todo esto que atiza  
El fuego de un amor que aun no concibe,  
El objeto á sus ojos diviniza  
Que á su pesar en su memoria vive.  
Y con su imájen sueña,  
Y en delirio amoroso  
Como espíritu errante y luminoso  
La contempla vagar de peña en peña,  
Un porvenir mintiéndola dichoso.  
"Ven, la dice tendiéndola los brazos  
El fantasma hechicero,  
Ven; las torpes cadenas haz pedazos  
Del tirano poder que te sujeta;  
Y en brazos del perdido bandolero

Encontrarás la libertad completa."  
Y sueña que la toma  
La amiga aparicion sobre sus alas,  
Y va de loma en loma,  
Y va de cumbre en cumbre  
A la pálida lumbre  
De luna vaporosa  
Viendo la creacion maravillosa;  
Y descubriendo en los hendidos cascos  
De los rudos y altísimos peñascos  
Los frescos manantiales trasparentes  
Que lanzan por las peñas sus vertientes,  
Y en los valles frondosos  
Tornados en arroyos caudalosos,  
O en fuentes cristalinas,  
Fecundan florecillas peregrinas  
Y espesas arboledas  
De estendidos pinares y alamedas.  
Y en medio del espacio la parece,  
Do el aire se refresca y se enrarece,  
Que alcanza de esmeraldas y topacios,  
Pagodas y palacios,  
Y las nubes con májicos celajes  
Figuran sutilísimos encajes,  
Ejércitos de sombras caprichosas,  
Ya fieras, ya graciosas,  
Que cruzan en diversos pelotones  
Del aire azul las cóncavas rejiones.  
Todo esto enamorada  
Sueña tal vez, llevada  
En brazos de la sombra que la hechiza,  
De la bella vision que diviniza.  
Mas ¡ay! que allá á lo lejos  
De un astro ensangrentado á los reflejos  
En nubarron de cárdenos colores,  
Preñado de vapores,  
De su camino en la mitad se lanza  
El pálido fantasma de su hermano,  
Y rompe sus delirios de esperanza  
Con enemiga é iracunda mano,  
Y agitada desafiata  
De la efectiva realidad incierta,  
¡Ay triste . . . triste Beatriz que adora  
Un delirio no mas! cuantos dolores  
Te va á traer la venidera aurora  
Tras esos pensamientos seductores.  
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

¿Qué hace entretanto Cárlos?  
¿Sueña tambien ecsaltacion futura?  
¿Tendrá al fin que dejarlos  
Realizar sus amores, su ventura?  
¿Cederá del bandido  
Al genio emprendedor? ¿teme su enojo?  
Témelo, sí; mas corazon torcido,  
Pérfida hipocresía  
A oponer va á su arrojo,  
Y en su destreza y sus amaños fia.  
Cerrado en su aposento,  
Cuando aun apenas amanece el dia,  
En planta pone su traidor intento:

Y á la sed de venganza que le ajita  
El corazon cobarde le palpita.  
En sus labios que el miedo descolora  
Brilla sonrisa atroz, honda; revelan  
Sus pardos ojos intencion traidora,  
Y las miradas de sus ojos hielan.  
Difícilmente toma  
La desigual respiracion, y el pecho  
Que corroe del crimen la carcama,  
Presta al aire sutil ámbito estrecho,  
Y le tiembla la mano  
Mientras guia la pluma  
Con que el intento que emprendió villano  
En billete fatal traza y consuma.  
Dos veces le leyó despues de escrito,  
Dos veces le dejó sobre la mesa,  
Hasta que halló que en el papel maldito  
Su voluntad con su dizeion espresa.  
Otra vez todavía  
Le repasó al cerrarle,  
Y á cada doble que al papel hacia,  
Aun tornaba un momento á repasarle.  
Cerró el billete al fin, púsole oblea,  
Y á un jayan despertando  
Que en cercano aposento está roncando,  
Y en quien peligro no hay de que lo lea,  
"Toma, le dijo: á Córdoba volando!  
Lleva á mi padre ese papel al punto:  
Y cuenta con que abrevies el camino,  
Que si en horas no llega á su destino  
Y no logro mi afan, eres difunto."  
Partió el jayan, y decidido fuese  
A obedecer sumiso,  
Mas que al jaco que monta harto le pese,  
El trotar ouesta abajo y por mal piso.  
Desde la alta ventana á que se asoma  
Vió Cárlos doblar la enhiesta loma,  
Un "Dios con bien te lleve" murmurando,  
Y un segundo billete comenzando.  
Mas breve y mas conciso que el primero  
Fué aquel, y con mas prisa concluido,  
Aunque con mas cuidado conducido,  
A mãos del bizarro bandolero.  
Un ladino mancebo, tosco, astuto,  
Largo en malicia si de porte bruto,  
Se encargó del mensaje,  
Preparando con tiento en la memoria  
Una fingida historia  
Del término y motivo de su viaje.  
Cuyas dos cosas juntas,  
Carísimo lector, como que tienen  
De misterio sus puntas,  
Al caso en este número no vienen,  
Y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos  
Los relatos y escritos  
Do las causas se ven por los efectos,  
Porque escusan prefacios infinitos.  
Informarte prefiero, y se me antoja  
A vuelta de esta hoja,  
De lo que sucedió con los billetes,  
Y á ello es fuerza, lector, que te sujetes,  
Aunque la relacion quede algo coja.

## IX.

En la noche de aquel día,  
 Noche negra y melancólica,  
 En que todo en torno calla  
 Y todo en torno reposa;  
 En que tardía la luna  
 Por el horizonte asoma  
 Entre cenicientas nubes  
 Que su luz pálida entoldan,  
 Y en que á renovar convidan  
 Dulces y antiguas memorias,  
 El aislamiento del alma,  
 La soledad silenciosa,  
 La tranquilidad del mundo  
 Y el misterio de las sombras;  
 De pechos en su ventana  
 Está Beatriz absorta  
 En secretos pensamientos,  
 Y consigo misma á solas.  
 El codo en el antepecho,  
 La sien en la palma apoya  
 De una mano, y la otra mano,  
 Dejada á voluntad propia,  
 Arranca el húmedo césped  
 Que en el antepecho brota,  
 Con la humedad de la lluvia  
 Y en la union de las baldosas.  
 Mas no cual la noche última  
 Hoy en lo que piensa ignora;  
 No se elevan sus ideas  
 En cadena nunca rota,  
 Naciendo unas do otras mueren,  
 Y donde unas se evaporan  
 Las otras patentizándose  
 Mas ó menos luminosas,  
 Cual brotan de un manantial  
 Una, diez, ciento, mil gotas:  
 No; que esta noche bien sabe  
 Lo que piensa y lo que llora.  
 Todo el día en su aposento  
 Se estuvo encerrada y sola,  
 Pretestando una dolencia,  
 Mas de su hermano la cólera  
 Temiendo y las invectivas;  
 Y Carlos, que al plan que forja  
 Mucho su ausencia conviene  
 Para que no la conozca,  
 Pretestando al par negocios,  
 Pasó la jornada toda  
 Encerrado en su aposento,  
 Devorando su zozobra.  
 Así todo el día tuvo  
 Libre Beatriz, y en penosas  
 Reflexiones malgastándola,  
 Hasta que la noche lóbrega  
 Por la enmarañada sierra  
 Tendió su manto de sombras  
 Y ella salió á la ventana.  
 Zumbaba en las ramas sorda  
 La voz del viento, doblando  
 Y estremeciendo las hojas,

Y los picos de las peñas  
 A lo lejos, y las copas  
 De los árboles finjan  
 Mil visiones espantosas;  
 Enormes masas sin luz  
 En cuyas enormes formas  
 La imaginacion mil fieras  
 Apariciones colora.  
 De este nocturno paisaje  
 La relacion misteriosa  
 Con sus ideas contempla,  
 Y no tan encantadora  
 La sonríe su esperanza  
 Cual pensó la noche prócsima;  
 Y el mar de su porvenir  
 Mas recio viento alborota.  
 Las palabras de su hermano,  
 La resolucion briosa  
 Del bandido, guerra abierta  
 Entre ambos á dos denotan.  
 Ofensas hay por en medio  
 Que su hermano no perdona,  
 Secretos hay que el bandido  
 Defenderá á toda costa.  
 Monja ha de ser (dijo Carlos)  
 Aunque cuanto valga esponja.  
 Si va mi cabeza (dijo  
 El otro) no será monja.  
 Nada la dijo su hermano  
 En palabras injuriosas,  
 En denuestos ó amenazas;  
 Aun no ha espresado su cólera,  
 Ni aun se ha puesto ante su vista,  
 Lo que prueba que recóndita  
 Lleva la hiel preparada  
 De una venganza traidora.  
 Así Beatriz medita  
 En su ventana á deshoras  
 De la noche, y así estando  
 Cercada de pavorosas  
 Aunque fundadas visiones,  
 Creyó en la empinada loma,  
 Saliendo de las malezas,  
 Distinguir una persona.  
 El corazon á su vista  
 Con violencia latía;  
 Los ojos clavó en el bulto,  
 Cuyo contorno en las lóbregas  
 Tinieblas no se distingue,  
 Mas cuyos pasos se notan,  
 Poco á poco aprocsimándose  
 Por la vereda tortuosa.  
 Llegó por fin; era un hombre;  
 Y en la plazoleta angosta  
 Que delante de la quinta  
 Deja la tierra escabrosa,  
 Paróse como dudando.  
 Y al verle, la sangre toda  
 De Beatriz, aterrada,  
 Al corazon se la agolpa.

EL BANDIDO.

Me esperábais?

BEATRIZ.

No por cierto,  
 Y la Virgen piadosa  
 Me olvide si esta venida  
 No es un gran pesar ahora.

EL BANDIDO.

¿Cómo pesar? ¿y la carta?

BEATRIZ.

¿Carta!

EL BANDIDO.

Espresiva, amorosa,  
 Aunque indicando temores  
 Y augurándome zozobras.  
 Leal vuestro mensajero  
 Me la entregó en mano propia,  
 Señalando el mismo sitio  
 Que anoche, y la misma hora.

BEATRIZ.

Mirad que yo no os entiendo.

EL BANDIDO (mirando en derredor.)

(Habrá moros en la costa  
 Y disimula por eso)

BEATRIZ.

Vuestra merced se equivoca:  
 Yo no escribí carta alguna.

EL BANDIDO.

Aunque no entiendo, señora,  
 El empeño de negármelo  
 Cuando son justas congojas  
 Las que la oculta venganza  
 De Carlos nos ocasionan:  
 Decid qué quereis de mí;  
 ¿Qué es lo que os place que ponga  
 Contra sus pérfdos planes?  
 Si con maña artificiosa  
 Le contrarreste, ó la fuerza  
 Con la fuerza corresponda:  
 Vuestro esclavo soy, y el serlo  
 Tengo á suerte tan dichosa,  
 Que nada puede arredrarme  
 Por la que mi alma adora.  
 Conozco de vuestro hermano  
 La condicion ambiciosa,  
 Y la suerte que os aguarda  
 Si sus intenciones logra!  
 Si la fortuna le ayuda  
 Libertad y hacienda os roba,  
 Pues vuestro encierro y clausura  
 Sus negros proyectos colma.  
 Iba á contestar Beatriz  
 A ofertas tan generosas  
 Agradecidas palabras,  
 Cuando á las aterradoras  
 Voces de ¡asirle! ¡matarle!  
 Como aparecidas sombras  
 Por la puerta de la quinta  
 Salieron varias personas  
 Con arcabuces y sables,  
 Con puñales y pistolas,  
 ¡Ese es! ese es! exclamó

Don Carlos con voces roncadas,  
 Y se le echaron encima  
 Con voracidad rabiosa.  
 Hízose atras el bandido  
 Empuñando su tizona,  
 Y lanzando un grito agudo  
 Que vibró largo en la atmósfera.  
 El eco en largo gemido  
 Lo llevó de roca en roca,  
 De las ásperas montañas  
 Por las soledades cóncavas.  
 Y al punto entre los peñascos  
 Esta señal poderosa  
 Hizo brotar seis bandidos  
 Que de distancia hartos corta  
 Hicieron una descarga  
 Oportuna y peligrosa.  
 Cayó Beatriz sin sentido,  
 Sin que humano ser la acorra,  
 Y trabóse en la maleza  
 Liza sangrienta y dudosa.  
 Iba á la par por momentos  
 Aumentándose la tropa  
 Que por instancias de Carlos  
 Iba llegando de Córdoba,  
 Y creciendo su cuadrilla  
 Como en las grutas mas hondas  
 Se internaban los bandidos  
 Con precaucion previsora.  
 Oíase entre el tumulto  
 La voz recia y vigorosa  
 De los gefes que mandaban,  
 Y la voz aterradora  
 De los que heridos gemian  
 Con las postreras congojas.  
 Mas se retraen los bandidos,  
 Que la peor parte logran,  
 Y los soldados avanzan  
 Aunque en marcha cautelosa.  
 De mata en mata, de árbol  
 En árbol, de roca en roca,  
 Ganan los unos la tierra  
 Que los otros abandonan,  
 Y así seguian trepando  
 Por las cuevas montañosas,  
 Cuando cesó de repente  
 La liza tumultuosa.  
 Como obedece á un conjuro  
 Turba de duendes diabólica;  
 Cual desaparecen al soplo  
 De un torbellino las hojas;  
 Cual leve monton de espuma  
 Que se sume entre las ondas,  
 Hundiéronse los bandidos  
 Entre la espesura lóbrega.  
 Hicieron alto los otros  
 Temiendo emboscada prócsima,  
 Comentariando las causas  
 De tan extraña maniobra.  
 Dueños del campo se quedan,  
 Mas parece su victoria  
 Mas que triunfo, vencimiento,  
 Pues nadie traspasar osa

A la otra parte del monte,  
Ni nadie la suerte próspera  
Con voz alegre celebra  
De las armas vencedoras.  
Volviéronse recelosos  
Por las gargantas tortuosas  
De la montaña á la quinta;  
Y antes de apuntar la aurora,  
Sin atreverse á seguir  
Del bandido la derrota,  
Con dos ó tres prisioneros  
Se tornaron para Córdoba.  
Y en vano los tribunales  
A los presos interrogan;  
Fieles á su capitán,  
Van en silencio á la horca.

## X.

En rápida barquilla  
De flores coronada,  
Las cristalinas ondas  
Surcamos al nacer;  
Y el ánima inocente  
Navega confiada,  
En cándida ignorancia,  
Sin riesgos que temer.

¡Ay es tan bello entonces  
El mar! ¡tan engañoso  
Sus limpias aguas dora  
Reverberando el sol!  
¡Quién no se augura entonces  
Un día tan dichoso,  
Cual bello es su tranquilo  
Y espléndido arrebol?

Mas ¡ay! cuál son del hombre  
Los vanos pensamientos,  
Los planes de ventura,  
De dicha y ambición!  
Eternamente mira  
Fallidos sus intentos,  
Y solo alcanza sombras  
Su pobre corazón.

Borrascas de la vida  
Las sórdidas pasiones  
De la ventura humana  
Se lanzan sobre el mar.  
Del porvenir el faro  
Espesos nubarrones  
Sorben, y va la nave  
Sin rumbo y al azár.

¡Quién guía su barquilla  
Perdida y maltratada  
Por las tinieblas densas  
De la tormenta atroz?  
¡A qué remota orilla  
Podrá desconsolada

Llegar del marinero  
La moribunda voz?

Los vientos arrebatan  
Sus lúgubres lamentos,  
Mas no para que lleguen  
A oídos de piedad;  
Los llevan para ahogarlos  
En medio de los vientos,  
Para aumentar con ellos  
La horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;  
En vano el ojo anhela  
La luz hallar lejana  
De un astro tutelar;  
Tinieblas ve tan solo;  
Ni un astro, ni una vela  
Por el nublado cielo,  
Por el furioso mar.

¡Adonde está, hácia dónde  
La abandonada orilla?  
¡Adonde la esperanza  
Que nos lanzó á salir  
De la segura playa?  
¡Ay misera barquilla,  
Ya Dios tan solo sabe  
Cuál es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones  
El lóbrego misterio!  
¡El mar desconocido  
De nuestra suerte tal!  
Amor nos lleva á ciegas  
Por su escabroso imperio,  
Llamando paraíso  
Lo que es un arenal.

Así camina á ciegas  
La niña enamorada,  
Así Beatriz navega  
El mar de su pasión,  
Batida de los vientos,  
De escollos circundada,  
En su barquilla frágil  
Sin vela y sin timón.

Las viles asechanzas  
De su ambicioso hermano  
La minan su ventura,  
La acechan por do quier.  
¡Qué hará, mansa paloma  
En garras del milano?  
¡Contra el injusto mundo  
Qué hará débil mujer?

Un voto, (que hizo al cabo  
Superstición impía)  
A odiosa la condena  
Y eterna reclusión . . .  
Cuando ella enamorada  
Lamenta noche y día

El ídolo perdido  
Que adora el corazón.

¡Qué ha sido de Don César?  
¡Quién fué, ¡contrario infame!  
De la nocturna cita  
El miserable autor?  
En vano es que le busque,  
En vano que le llame,  
Acaso las montañas  
Son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!  
Tremendo era el ruido  
Que por las huecas peñas  
Crujía sin cesar:  
De las descargas recias  
El cóncavo estampido,  
No puede de su mente  
Ni oídos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros,  
Ha visto los heridos;  
Mil veces de la lucha  
Oyó la relación;  
No dan los vencedores,  
No tienen los vencidos  
Noticias del que adora  
Su triste corazón.

Las noches pasa enteras  
Velando en su ventana,  
Los ojos en la selva  
Por si le ve llegar;  
Y acláranse las sombras,  
Y apunta la mañana,  
Y á quien aguarda ansiosa  
No llega á su pesar.

Si la ama, cuando sabe  
Que abandonada queda,  
Cuando su amor oculto  
Tal vez le confesó,  
¡Será que desprenderse  
De sus promesas pueda?  
¡Será que solo quiso  
Escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas  
Palabras generosas  
Que dirigió á Don Carlos  
De su ventana al pié.  
Cuando dejar ansiando  
Sus cuevas montañosas,  
Pidió su mano en prenda  
De su futura fé.

Y así camina á ciegas  
La niña enamorada,  
Así Beatriz navega  
El mar de su pasión.  
Batida de los vientos,  
De escollos circundada,

Su misera barquilla  
Sin vela y sin timón.

¡Tal es de las pasiones  
El lóbrego misterio,  
El mar desconocido  
De nuestra suerte tal!  
Amor nos lleva á ciegas  
Por su escabroso imperio  
Y llama paraíso  
Lo que es un arenal.

## XI.

Al cabo de unos días en la estancia  
De la triste Beatriz, Carlos entró,  
Severo el gesto, pálido el semblante  
Y alegre el corazón.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento  
Remeda con hipócrita exterior,  
Recóndito placer mora en su alma,  
Colmando su traición.

Con gesto frío, con desden altivo,  
Que muestra que le infunde solo horror,  
Y sin volver el rostro por no verle,  
Beatriz le recibió.

Y él en pié en la mitad del aposento,  
Ella hundida en el cóncavo sillón,  
Entre el hermano y la infeliz hermana  
Tal plática cruzó.

DON CARLOS.

Ya ves que el tiempo se pasa,  
Y dice el doctor que ya  
Tu salud completa está.  
¡Qué hacemos en esta casa?

BEATRIZ.

No disimules, hermano,  
Lo que pretendes de mí,  
Que estoy hecha á ver en tí  
Mas que un amigo, un tirano.

DON CARLOS.

¡En mí, Beatriz! ¡qué razón?

BEATRIZ.

Deja esa humildad, que es vana  
Para quien de esa ventana  
Oyó una conversación.

DON CARLOS.

¡Qué dices!

BEATRIZ.

Lo cierto digo:  
Ha de ser monja, dijiste,  
Pese á quien pese.

DON CARLOS.

¡Lo oiste

Tú?